

# QUEVEDO Y EL SURREALISMO

Ignacio Merino / Facultad de Filosofía y Letras

Actualmente, se da el curioso fenómeno de que la cultura occidental vive intensamente tendencias y estilos culturales que parten del romanticismo y que tienen ya un precedente, si bien con características peculiares propias, en el periodo barroco.

En el siglo XVII, la tensión de las conquistas terrena y espiritual, y el desengaño ante la derrota política de España y la inaplicabilidad de los ideales medievales al mundo moderno, producen la fuga quevediana y sirven de telón de fondo a su obra. La única verdad cierta aceptable es que "quien desde que nace ve que va corriendo por la vida y que lleva consigo la muerte".<sup>1</sup> También, en el siglo XIX, la angustia producida por el resquebrajamiento del optimismo científico y por la falibilidad de los ideales del racionalismo, paralela a la caída de los gobiernos absolutistas y a la ruptura con un orden moral y político, nos abisma el sentimiento de lo trágico. Una nueva fuga se produce. Si no podemos alcanzar la felicidad ni conciliar dos universos: el ideal y el material, lo que debemos desear "es no haber nacido, no ser, ser la nada. Pero después de esto lo mejor que se puede desear es. . . morir pronto".<sup>2</sup>

Es el caso de dos tipos de aristotelismo inaplicables: el primero, de corte escolástico, choca con la vida mundana y exhuberante del renacimiento en España; el segundo, neoclásico y cartesiano, se hace añicos ante la realidad brutal de las revoluciones industriales y políticas. Se trata, pues de un desplazamiento de valores que el arte acusa en formas de evasión.

El desengaño en ambos casos tiene como síntoma el tedio por lo cotidiano. La fuga es clara, y con ella, la búsqueda de algún indicio que ilumine y haga más aceptable la realidad; con lo cual, la propia fuga es también pretexto para una mayor libertad de expresión. El lenguaje es impetuoso, se contamina de fantasía y escapa a las cuchillas racionales más obvias, con toda premeditación.

Por todo esto, y por la forma, los surrealistas franceses del siglo XX, podrían haber descubierto en Quevedo su más grande precursor, si lo hubieran conocido. Su catolicismo, su afán moralista trascendental son circunstanciales de los siglos XVI y XVII españoles. Pero su juego de inteligencia es barroco y actual; rebasa el marco conceptista, ya que su tema literario está en el lenguaje, en el uso único que hace de éste, para comunicar su concepción del mundo. Quevedo produce una cierta distorsión de la realidad al aplicarle frases deformadas y al dar otros usos a los vocablos. La atmósfera creada por esta literatura es esquizoide: se disocia de lo literario convencional.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Quevedo. *Prosa (El sueño del infierno)*, O.C., p. 212.

<sup>2</sup> Nietzsche. *Orígenes de la tragedia griega*.

<sup>3</sup> Un ejemplo muy gráfico y jocoso de lo anteriormente expuesto es el siguiente: "más y peor cagan los ojos de la cara y peen que no el del culo, pues en ellos no hay sueño que no lo caguen en cantidad de legañas, ni pesadilla o susto que no meen con abundancia de lágrimas". . . Quevedo. *Gracias y desgracias del ojo del culo*. O.C., p. 91.

Podría decirse del estilo de Quevedo que nos pone al nivel de un tipo de experiencia surrealista propiamente dicha, pues se vale de objetos y formas ya existentes que “por su insólita agrupación o por su desgajamiento de su situación de uso, enmarcándose en una especial perspectiva, ejercieran sobre la mente del contemplador un efecto especial que alcanzara más allá de la zona racional, despertando asociaciones o sentimientos de orden subconsciente”.<sup>4</sup>

El surrealismo se basa en la valoración moderna de la esfera de lo inconsciente, sustentada por el psicoanálisis freudiano, punto científico de partida para los manifiestos de André Bretón y del afán contemporáneo de buscar lo absurdo e irracional de un modo racional. El sueño así se viene a contraponer a la realidad lógica, como una superrealidad o realidad absoluta. Y el arte parece encontrar su verdad en la medida que se aleja de lo real aparente, y proclama la libertad de los instintos, la libertad del lenguaje y la libertad política.

Curiosamente, esta utilización del contexto onírico también aparece ya en la obra literaria de Quevedo, quien intuía cómo en los sueños se da parte del funcionamiento humano y parte de nuestra verdad. Por ello se valió de ellos como un pretexto literario que le permitiese, tanto eludir la censura inquisitorial como expresarse con mayor independencia respecto a las convenciones simplistas de la realidad cotidiana. Sólo que Quevedo a diferencia de los surrealistas, sí logró fundir la dinomía entre el estado de vigilia y el fluir del inconsciente, con su técnica y manejo del lenguaje.

El sueño ha sido sentido siempre como sombra de la realidad, y más aún como una realidad superior, al tener un carácter premonitorio. Como quiera que sea, nuestra actividad onírica parece brindar al arte posibilidades más atractivas que la realidad vivida. Quizás esto se deba a que el arte bucea en busca de un mundo natural, no regido por la razón, como si el que pisamos lo fuera así únicamente, o como si nuestra actividad onírica no estuviese ya condicionada o contaminada por nuestra conciencia. Pero tal vez se deba a que la imaginación creadora puede asociarse con mayor libertad al soñar. Todo artista es un creador y todo conflicto humano es de realización: de libertad y autenticidad.

<sup>4</sup> Antonio Vilanova, *Diccionario literario González Porto Bompiani*, (Surrealismo), O.C., p. 535.